

The background of the cover is a detailed illustration. On the left, a human paladin with long white hair and a green eye is shown in profile, wearing ornate golden armor. On the right, a green goblin with large tusks and a purple collar is depicted. In the foreground, there are several green glass bottles and a small red object, possibly a flower or a piece of food, scattered on a dark surface.

WORLD
WARCRAFT
MIDNIGHT

EL SABOR AMARGO
DEL RENCOR

UN CUENTO DE ROBERT BROOKS

HISTORIA
ROBERT BROOKS

ILUSTRACIONES
SURFSIDE 3D

EDICIÓN
CHLOE FRABONI, MEGAN WALKER

DISEÑO Y DIRECCIÓN DE ARTE
SOPHIE ERB

DISEÑO
CHEUNG TAI

ASESORAMIENTO DE HISTORIA
SEAN COPELAND

ASESORAMIENTO CREATIVO
RAPHAEL AHAD, CHRIS METZEN, STACEY PHILLIPS,
KOREY REGAN

PRODUCCIÓN
BRIANNE MESSINA, CARLOS GARCIA RENTA,
TAKAYUKI SHIMBO, JT TORREA

TRADUCCIÓN
MAXIMILIANO ARCOS

CORRECCIÓN
MARIANO SAAB



Blizzard.com

© 2026 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares e incidentes que se retratan son productos de la imaginación del autor o del artista, o se usan de forma ficticia, y cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, eventos o lugares es pura coincidencia.

Blizzard Entertainment no ejerce control sobre los sitios web pertenecientes a los autores o a terceros ni sobre su contenido, como así tampoco asume responsabilidad alguna respecto de ellos.



PRIMERA PARTE: Hasta el tope

El señor regente Lor'themar Theron supo inmediatamente que había sido traicionado. —Ah, Liadrin —musitó—. Espero que estés complacida con lo que hiciste hoy.

No era Lady Liadrin quien esperaba en el refugio de Hara'thir; era alguien más. Lor'themar se rio por lo bajo y dijo: —Me invitas a beber una copa y en tu lugar envías a un general amani. Supongo que es una manera de entablar una conversación diplomática.

El guardián de Har'athir próximo a Lor'themar respondió con un gruñido y nada más. —¿Eh? Ah, sí, guardián, buen trabajo —dijo Lor'themar con sarcasmo—. *Shorel'aran*.

El general amani levantó la mirada. Sus colmillos reflejaban una silueta afilada contra el cálido resplandor de la taberna. Cuando vio a Lor'themar, levantó la barbilla y bajó las cejas. Lor'themar ya había visto esa expresión antes. Una infinidad de veces en una infinidad de rostros amani; siempre justo antes de que volaran las flechas, chocaran las espadas y la sangre se derramara. —¿Qué tenemos aquí? El señor regente en persona... —dijo el trol—. No puede ser coincidencia. ¿Una vez más he sido engañado por uno de los tuyos?





—Ambos hemos sido superados y emboscados. Y lo peor de todo es que lo hizo una paladina —dijo Lor'themar, fingiendo vergüenza. Pensó en retirarse, ¿pues qué sentido tendría conversar con un amani? Especialmente el día de hoy. Pero eso sería huir del enemigo. “Y jamás haré eso”. Tal y como esperaba Liadrin. —Es una vergüenza para los dos. ¿Lady Liadrin también te prometió un trago después de la reunión?

El trol suspiró. —Me *prometió* diplomacia. Lo que *trajo* es este calabacino —dijo, señalándolo con un gesto. El líquido chapoteaba con el movimiento del calabacino sobre la mesa—. Pero como no teníamos en qué beber, dijo que iba en busca de unas copas. —Posó su mirada sobre las manos de Lor'themar. Soltó una carcajada —Y aquí estás tú. Dos copas. No tres. ¿Liadrin no nos acompañará?

—¿Por qué lo haría? Cumplió su misión. El derramamiento de sangre está prohibido en tierras haranir. Así que ahora un amani y un *sin'dorei* deben hablar sin recurrir a la violencia —respondió Lor'themar. Señaló hacia el calabacino. —¿Qué se supone que beberemos? Ese calabacino no se ve muy... limpio...

—No tengo idea. Permíteme —el trol desenvainó un pequeño cuchillo de su cinturón y, con un movimiento certero, lo clavó en el corcho y destapó el calabacino. Olió el corcho y puso una cara extraña—. Sea lo que sea... no es para seres vivos. Vamos a probarlo.

El desafío se hizo presente y las reglas del combate, claras. —Por supuesto. Lor'themar se sentó en la mesa y le ofreció una de las jarras al amani. El trol inclinó el calabacino, llenó la jarra hasta el tope y se la devolvió al *sin'dorei*, y pidió la otra con un gesto.

Tras llenar ambas jarras, el trol levantó la suya. —Brindemos. Por ser engañados —Lor'themar levantó su jarra levemente—, y por sobrevivir a las consecuencias.

Ambos titubearon, y al notar el titubeo del otro, tomaron grandes tragos casi simultáneo. Les tomó unos segundos recuperar el control de sus expresiones faciales. Casi lograron contener las ganas de toser. *Casi*. Lor'themar se aclaró un poco la garganta. —Tiene un gusto para un paladar... refinado. Bastante amargo.

—Es como lamer una piña podrida —concordó el trol—. Me llamo Torundo. Consejero de guerra de la jefa Zul'jarra. Yo te conozco. Lor'themar Theron, señor regente y popular líder de la brigada enjoyada. Ocultó otra tos riéndose de su propio chiste.

—Encantado —dijo Lor'themar con su voz más política, la misma que usaba en las galas de Lunargenta y las sesiones del Consejo de la Horda—. Pero siento que ya nos habíamos conocido. Sin lugar a dudas, en circunstancias menos afortunadas. Torundo sonrió antes de dar otro trago. Un sorbo y una mueca. —Tu colega paladina. ¿Cuánto más de esta bazofia cree que tenemos que beber para volvernos amigos?

—Amistad entre Quel'Thalas y Zul'Aman. —Lor'themar se permitió una risa entre dientes—. Cuánto optimismo. Seguramente sabes lo que los tuyos les hicieron a sus padres.

—Un día brutal —respondió con seriedad Torundo—. Perdonar momentos así... Impresionante —su tono se distendió—. La admiro. Y Zul'jarra también. Es muy inusual conocer a alguien de tu especie que no miente con cada palabra. El día de hoy es una excepción.

—Definitivamente es mejor persona que yo. Lor'themar escuchó claramente el insulto de Torundo. El trol volvió a alzar su copa. —Entonces brindemos por personas mejores que tú —dijo—, y por todo lo que admiramos de ellas.

—*Sinu a'manore* —agregó Lor'themar. El elfo terminó su trago. La corte de Lunargenta lo había entrenado a avanzar con cautela en los duelos verbales. Este cambio de ritmo le resultó placentero. —Quizá espera un calabacino vacío a medianoche y que hayamos sellado un acuerdo antes del amanecer.

El trol terminó su trago. —Ah, sí. La gran revelación de los haranir: un pueblo, un linaje. Elfos y trol por igual, somos hermanos y hermanas... Qué ridículas son nuestras peleas, y otras habladurías. —Torundo volvió a llenar su copa—. Pero no quiero ser desconsiderado. Hagar dio un muy buen discurso.

—Es cierto —dijo Lor'themar—. Aunque Zul'jan no pensó lo mismo. ¿Se le pasará el berrinche o su inmadurez costará más vidas amani?

—Ya veremos —respondió casualmente Torundo—. No oculta ni niega su ira; eso es de cobardes.

Lor'themar finalmente tomó la ofensiva. —Supongo que la dignidad parece cobardía a ojos de quienes carecen de ella.

—Estoy de acuerdo. —El tono de Torundo cortaba el aire con un cuchillo al cruzar la mirada con Lor'themar—. Permíteme llenar tu copa otra vez. —El líquido





borboteaba de la boca del calabacino—. Hay algo que siempre admiré de lo' tuyo': su capacidad inagotable de mentirse a sí mismo'. La sangre lavada de su' mano', la tierra raspada de su' uña', la' calle' barrida' ante' del próximo banquete o evento. —Torundo sonreía mientras hacía sonar esas palabras como insultos—. Un montón de gente limpia pretendiendo nunca haberse ensuciado. Dicen tener *dignidad*. Máscaras muy ligeras y difíciles de sostener.

—Ah. Detecto envidia. —Lor'themar enunció cada sílaba con precisión—. Dime, ¿te molestará la próxima vez que Zul'jarra te ordene cometer una atrocidad? Debe haber aprendido mucho de su abuelo. Hace mucho tiempo que no veo a bandas de asalto amani posar cadáveres de inocentes de formas creativas. Tal vez decida regresar al estilo clásico: declamar un viejo problema que mi gente deberá resolver una vez más —continuó Lor'themar con un tono de lástima—. O quizá encontrará una nueva manera de enseñarme su punto de vista sobre la *dignidad*. —El señor regente dio otro largo trago—. Mmm. Este brebaje comienza a gustarme.

Torundo simplemente observó al señor regente un momento. —Recuerdo bien una atrocidad en particular —expresó sin emoción—. Habíamos capturado a un grupo de magísteres y forestales de alto rango.

El trol continuó. —En ese entonces, el jefe siempre quería ocuparse personalmente de los quel'dorei importantes para devolverles la hospitalidad que le habían ofrecido en el pasado. Guardaba mucho rencor. El brazo que perdió. El ojo que perdió. Algunos podrían decir que su manera de tratarlos *no era digna*.

—Tú estuviste allí —lanzó Lor'themar sin poder contener sus palabras—. Cuando mis compañeros fueron mutilados, cuando Zul'jin se pintó con mi sangre. Torundo simplemente sonrió. —Tiene razón, señor regente. Ya nos habíamos conocido.



SEGUNDA PARTE: Un brindis

Esto era una guerra. La misma agresión y las mismas intenciones mortales. Pero esta batalla se libraría con la palabra. Ambos lo entendían.

—Así es, señor regente. Yo estuve allí cuando te capturaron —La serenidad de la respuesta hirió a Lor'themar más que cualquier carcajada hubiera podido—. Zul'jin se entretuvo demasiado. Permitió que escaparas. Perdí hermanos ese día. Pero nunca lo odié por eso. Nuestra guerra había calcinado su alma hasta hacerla cenizas mucho antes de que te cruzaras en su camino

Torundo acercó la jarra a sus labios.

Lor'themar apenas lo escuchó. Terminó el trago, volvió a llenar la jarra y dejó que la tórrida bebida haranir combatiera con sus gélidos recuerdos. —Sí. Recuerdo cuando te conocí.

—Supuse que lo harías, tarde o temprano —dijo Torundo.

—Un pasado lejano. —Lor'themar se había recompuesto. Había recuperado el control. Había recuperado la percepción—. Décadas atrás.









—Los elfos tienen más años que yo —dijo Torundo—. Demasiadas décadas atrás. Yo seguro no era más que un niño.

—Definitivamente —respondió Lor'themar—. Esperó a que Torundo volviera a llenar su jarra. —Un niño amani en... ¿la aldea Zen'tamani?

El brebaje haranir se derramó por uno de los lados de la jarra; era el turno de Torundo de quedar sorprendido. —Cuéntame... —comenzó Lor'themar—, ¿en qué aldea creciste, Torundo? ¿Antes de que te nombraran general, antes de que te llamaran el Parco?

Torundo había lanzado el primer ataque. Ahora Lor'themar quería responder. Quería retomar la iniciativa. Sus primeros contraataques parecían ser efectivos.

—¿Sucedó algo? —preguntó Lor'themar—. Luces perturbado. ¿En qué aldea vivías? Tal vez no sea la pregunta correcta. Si la aldea en la que vivías hubiera sido destruida, habrías tenido que buscar refugio en *muchas* aldeas.

—Esa astucia élfica en todo su esplendor —respondió Torundo, haciendo que sus palabras sonaran como un cumplido o como el peor insulto posible—. Sí, crecí en Zen'tamani. Al igual que muchos niños amani. Muchos de los cuales recibieron el trato digno de los elfos nobles. Eso no significa que me hayas visto allí.

—¿A ti, específicamente? No, no recuerdo eso. Esto debe haber ocurrido hace sesenta años —contestó Lor'themar—. Lo que más recuerdo es la razón por la que fuimos a esa aldea. Los cadáveres que decoraban las caravanas. Civiles. Niños. Un acto profano, incluso para los amani. Si lo hubieran hecho con soldados, solo nos habrían enfurecido. ¿Pero profanar a la gente común? Tenían nuestra atención. Y la de nuestra general forestal Lireesa Brisaveloz.

Torundo parpadeaba rápidamente, pero sin emitir respuesta. Mientras miraba a Lor'themar con atención, tomó otro trago.

Lor'themar continuó. —En Lunargenta había quienes la consideraban demasiado condescendiente con los amani. Solo porque creía en las respuestas proporcionales. ¿Y qué pasó con las historias de nuestras acciones los días siguientes? —Se rio suavemente—. Acallaron las críticas por muchos años. Por suerte, fue sencillo rastrear a los asaltantes. Trabajo de principiantes. Como debes saber, la crueldad es una cualidad típica de los incompetentes.

Lor'themar levantó su jarra y bebió más del brebaje haranir. Había muchas historias de su guerra contra los amani que no le gustaba recordar.

Esta no era una de ellas.

—Los seguimos hasta la que era *tu* aldea. Estaban celebrando su gran victoria. Probablemente tenían un carro lleno de vino en esa caravana. Los observamos toda la noche. Dejamos que se embriagaran hasta la médula. Llegado el amanecer, simplemente entramos.

Lor'themar tomó el calabacino y llenó la jarra de Torundo mirándolo a los ojos sin parpadear. —¿No era esa tu aldea?

—Lo era —dijo Torundo sin rodeos.

—Como dije, no te recuerdo. Pero reconozco tus rasgos. No son los de un niño.

Lor'themar fingió escudriñar el rostro de Torundo.

—¿Quién de tu familia era parte del grupo de asalto? ¿Tu padre? ¿Un primo?

—Un tío —dijo Torundo.

—Hmm... tenía tu ceño y tu complexión —dijo Lor'themar con calidez.

—Pero no tenía tu sentido de la estrategia. Una pena. Fue una desilusión capturarlos a todos sin sufrir ni una herida. Incluso tenían un alijo de armas nuestras, pero estaban demasiado ebrios como para usarlas. Teníamos que buscar satisfacción de alguna manera. Seguramente lo entiendes.

—Lo entiendo —respondió Torundo.

—¿Recuerdas cómo los ejecutamos?

Lor'themar dio un gran trago. Sabía a sangre en su lengua, amargo y metálico.

—¿Cómo nos aseguramos de que sintieran exactamente lo que las víctimas en la caravana sintieron?

—No es fácil olvidarlo —respondió Torundo—. No fue una escena agradable. Pero, como decías, la crueldad es una cualidad típica de los incompetentes.

—Tu aldea albergaba asesinos —dijo Lor'themar—, y pagó el precio por ello.

—Nuestro herrero no albergaba a nadie —respondió Torundo—. Simplemente gritó cuando asesinaron a su pareja. Uno de los tuyos se aseguró de que nunca más gritara. ¿Recuerdas esas edificaciones con tejado de paja que *ustedes* incendiaron? No estaban vacías.









—Mmm. La guerra es una cosa terrible —expresó Lor'themar, fingiendo remordimiento.

—Yo tampoco te recuerdo. Tenía tres o cuatro años —La voz de Torundo estaba libre de ira. Solo expresaba recuerdos—. Parecían espíritus malignos. Sus hojas resplandecientes cortaban los cuerpos de un amani desarmado al siguiente. Ustedes, totalmente invencibles. Nosotros, totalmente indefensos.

—Entonces hicimos un buen trabajo.

—Muy buen trabajo —concordó Torundo. Los sobrevivientes huyeron. Corrieron a Amani'Zar. Cuando crecieron, se unieron al bando de un señor de la guerra que les prometió que cada uno de ustedes lo pagaría con sangre. Y, en efecto, lo hicieron. —El trol disfrutó de un sorbo más—. Como dijiste... la guerra es una cosa terrible.

—Una guerra cuyo fin parece finalmente acercarse —añadió bruscamente Lor'themar—. Tu líder parece particularmente desesperada. Nunca creí que vería a los tuyos rogando ayuda a mi gente.

—¿Rogando? —repitió Torundo con tono burlón—. La jefa Zul'jarra jamás pidió algo. Liadrin ofreció su ayuda sin reservas, al igual que otros, para enfrentarnos a nuestro enemigo en común.

Los hombros del trol se sacudieron cuando se rio por lo bajo. —Te ves triste. La Daga Crepuscular casi termina lo que ustedes nunca pudieron. Lo único que debían hacer es observar. Tal y como hicimos nosotros, cuando la Plaga partió a la mitad tu reino y diezmó a...

El puño de Lor'themar impactó estruendosamente contra el pómulo de Torundo por encima del colmillo.







TERCERA PARTE: El sedimento

Ni siquiera hubo una decisión. Solo una acción.

Luego siguió el sonido de los pasos y gritos. Eran los guardias haranir. Torundo suspiró. Un sonido alegre y de satisfacción. —Guardianes, un momento. Estoy bien.

Lor'themar sintió el insulto. Había permitido que las palabras quebrantaran su honor. —Yo... Me disculpo profundamente por romper la tregua que acordamos. No volverá a suceder. No aquí.

Tras unos instantes, los guardianes soltaron a Lor'themar, pero se mantuvieron cerca. Era evidente que no le darían una segunda oportunidad.

Torundo se frotó la mejilla. Ya se estaba formando un moretón oscuro. —Tal vez es mejor que alguien más termine nuestra guerra por nosotros. Ninguno merece ganarla.

Lor'themar asintió con la cabeza. —Nuestros tragos. Permíteme —El calabacino ya estaba ligero. Pero quedaba suficiente como para llenar sus jarras y que sobrara un poco.

—No tienes que disculparte —dijo Torundo—. No por algo de lo que no te arrepientes.

—Valoro la cortesía. Incluso con mis enemigos —dijo Lor'themar.

—Ah, ahí está esa capacidad inagotable de mentirse a uno mismo —contestó el trol—. Hasta pareces creerlo.

Lor'themar dejó escapar un suspiro exasperado. —¿Crear qué?

—Que mi aldea albergaba asesinos. Que los amani borrachos que ejecutaron eran salvajes —agregó Torundo—. Realmente creen que sus manos están limpias, ¿no es así?

Lor'themar Theron ya estaba cansado. La diversión de esta batalla se había desvanecido.

En la mayoría de las circunstancias, ya se hubiese retirado. Pero había golpeado a Torundo deshonrosamente. Había violado las reglas del enfrentamiento. Esta sería su pequeña penitencia.

—Así que... tu aldea era inocente —dijo Lor'themar sin emoción—. ¿Estaba llena de artesanos, granjeros, herreros pacíficos y nada más? Espero que se te ocurra algo más convincente.

La gran sonrisa de Torundo cargaba tristeza. —Sí, había guerreros. Mi tío era uno de ellos. Y ellos *definitivamente* incendiaron una caravana. ¿Pero realmente creíste esos cuentos baratos de tus líderes? Eran *forestales*. Creí que sabían distinguir la mentira de la verdad.

—No te será fácil convencerme de que los cadáveres en la caravana no existieron —dijo Lor'themar—. Ni de que su sangre no fue derramada.

—Por supuesto, eran reales. Reales como la montaña de armas élficas encantadas en sus carros —respondió Torundo—. ¿Qué caravanas civiles transportaban eso? ¿Nunca cuestionaste la historia que te contaron?

—Había niños muertos —dijo Lor'themar con un tono no tan firme como hubiese querido. Había visto a los niños. Y había visto las armas élficas en la aldea. “¿Cómo pude...?”.

—Una escolta de *Errantes*. Disfrazados de civiles. Su estilo de combate era inconfundible. ¿Por qué crees que los asaltantes bebieron tanto esa noche? Mi tío era honorable. Tenía que borrar esa escena de su mente. Estaban debatiendo qué locura llevó a tu gente a asumir semejante riesgo. —Torundo se frotó la mejilla magullada y tomó otro trago.









—¿A qué clase de mente se le ocurre usar niños como escudos?

—A la de cierto señor de la guerra, según entiendo —dijo Lor'themar con voz hueca—. Sí, Zul'jin respondió al recrudecimiento con la misma moneda.

—Pese a eso, te enorgulleces de haberte unido a él.

Torundo observó a Lor'themar con una mirada atónita. —¿Cómo puede ser que no lo entiendas? ¿Has vivido más siglos que yo y seguirás aquí por muchos siglos más, y todavía crees que *algún* bando debería recordar esta guerra con *orgullo*?

Lor'themar no respondió. Solo bebió un trago más.

—Quizá tu forestal general sabía de los Errantes disfrazados. Tal vez fue un líder de campo que matamos ese mismo día. Pero como murieron niños, ustedes necesitaban que *nosotros* fuésemos salvajes. Hubiese sido más difícil pelear cuando el vil hedor de la tragedia del día era culpa suya. A Zul'jin le encantaban esas conveniencias. Cada gota de sangre inocente derramada encendía un fuego en las entrañas de nuestro pueblo. Definitivamente fue lo que me llevó a mí y a otros a la aldea Brisaveloz. Una masacre más. ¿Qué orgullo puedo sentir de eso?

Torundo cerró los ojos y sonrió con pena. —¿Debería avergonzarme? Nunca cuestioné mis labores. Igual que tú... Definitivamente no hubiese podido detenerlo.

—Conque ahora eres un general que nunca tuvo la oportunidad de tomar sus propias decisiones —expresó Lor'themar con escepticismo—. Interesante. ¿Qué decías acerca de mentirnos a nosotros mismos?

—Es muy fácil, ¿no crees? —La voz de Torundo rebosaba de sinceridad. De franqueza—. Esta guerra nos precede. Vivimos con el odio de generaciones pasadas. Eliminamos al enemigo donde lo encontrábamos, así como nuestros amigos fueron eliminados a su vez. Su crueldad nos horrorizaba, pero nos deleitaba el combate cuando llegaba la hora. Moríamos por ella o aprendíamos a vivir a su sombra. *¿Qué podríamos haber hecho diferente como individuos?*

Torundo examinó su jarra. —¿Importan los fundamentos de nuestra guerra de hoy? ¿Territorio, masacres de antaño o simplemente *por costumbre*? Ambos estamos atrapados en ella. No podemos encontrar la salida. No queremos encontrarla. La risa del general amani expresaba su agotamiento.

—Viví por esta guerra —añadió Torundo. Tal vez mi tiempo como guerrero termina

porque firmamos un tratado, o tal vez porque *no lo hacemos*. Sea como sea, no viviré mucho más —dijo, esbozando una sonrisa triunfante—. El tiempo es cruel con tu gente. Desde mi nacimiento hasta mi muerte, mi guerra es apenas una fracción de la tuya. ¿Se siente eterna? ¿Cuánto más puede durar esa dignidad?

Lor'themar permaneció en silencio por un largo rato. —Di la verdad. Tu aldea... ¿eran asaltantes comunes y no monstruos?

—¿Cómo distinguir la verdad en los recuerdos de la niñez? —respondió Torundo casi con delirio. Teníamos guerreros que deambulaban. Si masacraban inocentes intencionadamente, hubiese sido la primera vez. Es todo lo que sé.

Torundo parecía compasivo. —Dile a Lady Liadrin que me alegra que me haya engañado. Esta conversación ha sido un verdadero regalo, pero debo irme. La extinción nos aguarda, a manos de los tuyos o de otros.

—Quizá así sea —respondió Lor'themar—. Te deseo el resultado que merezcas.

Torundo, que ya se marchaba, lanzó una carcajada. —Una terrible maldición. Te ofreceré otra a cambio: *Te deseo la perpetuidad que crees querer*.

Y luego, ya no estaba.

Lor'themar quedó solo en la mesa; su mirada perdida en los detalles del refugio ya vacío. La palabra *perpetuidad* resonaba en su cabeza de una manera que no le agradaba. El último trago le dejó un resabio amargo en la lengua.

—Una terrible maldición —concordó en voz baja.



